

Tomado en consideracion dicho programa, fué sancionado por aquellas Córtes el dia 23 del mismo mes.

Por no molestar demasiado á nuestros lectores dejamos de transcribir aquí dicho programa, atendida su extension.

Citaremos, sin embargo, algunas de sus disposiciones.

El expresado programa decia, entre otras cosas:

»El terreno donde actualmente yacen las víctimas del Dos de Mayo, contíguo al Prado, se bendecirá; se cerrará con verjas, se adornará con árboles, y en su centro se levantará una sencilla pirámide, que transmita á la posteridad la memoria de los leales, tomando el nombre de *Campo de la Lealtad*.

»La caja que encierre los restos mortales de los primeros adalides de nuestra santa insurreccion, se trasladará el dia 2 del próximo Mayo, con toda la pompa digna de acto tan solemne, á la iglesia de San Isidro, en donde se celebrará un oficio de difuntos, con oracion fúnebre.

»Una diputacion del Congreso nacional autorizará la traslacion.

»El jefe político, la diputacion provincial, el ayuntamiento, el gobernador militar, el Estado Mayor general del ejército, y todas las autoridades eclesiásticas, militares y políticas, residentes en esta córte, concurrirán á solemnizar el acto.

»Las tropas de la guarnicion harán los honores de ordenanza señalada á los capitanes generales del ejército (1).

(1) Gozan los restos de Daoiz y Velarde de los honores de capitanes generales, y á Daoiz se le incluye como primer capitan de artillería, en

«En la iglesia de San Isidro se levantará un sepulcro, adornado con sencillez y elegancia, en el que se depositará la caja que encierre las cenizas de los primeros mártires de nuestra santa insurrección.

«La diputación del Congreso nacional que hubiese asistido á la traslación de las cenizas, recogerá la llave de la caja donde se encontraren aquellas, y la entregará á las Córtes en sesión pública.»

Además, entre otros diversos premios propuestos á la Academia de la Historia, para que esta recompensase con ellos á los autores de asuntos alusivos, en prosa ó en verso, que á juicio de la citada corporación fuesen mejor desempeñados, ordenaban las Córtes á la de Nobles Artes, que ofreciese otro premio al artista que presentase un cuadro, en el que con la mayor maestría representara una de las escenas más principales de las que presencié el pueblo de Madrid en aquel glorioso día.

El cuadro que obtuviese el premio debería ser colocado en el salón permanente del Congreso nacional, á fin de recordar á los padres de la patria el momento en que el pueblo español «pasó de la ominosa esclavitud á la bienhechora libertad.»

Otro artículo, el 14 del programa, decía:

«La misma Academia ofrecerá otro premio, en la clase de escultura, al que sobre su programa dado para un monumento capaz de eternizar la memoria gloriosa de aquel día.»

Además de los premios que la Academia debía señalar,

la escala del cuerpo, pasando revista de presente en el departamento donde está el colegio.

(Memorial histórico de la artillería española.—1831.)



las Córtes destinaban á los agraciados una medalla de oro, de las acuñadas en memoria de la Constitución.

Los gastos de todas estas disposiciones debían ser satisfechos por el Tesoro público.

Sobre estas patrióticas y justas disposiciones de las Córtes, el Ayuntamiento de Madrid acordó á su vez dotar con 3,000 reales á diez doncellas honradas, una por cada uno de los diez cuarteles en que entonces se dividía la córte.

Dichas doncellas debían ser hijas, huérfanas ó parientas de las víctimas bárbaramente inmoladas aquel día; y esta suma se las destinaba para cuando contrajesen matrimonio con jóvenes de buena conducta.

Las prefijadas doncellas tenían obligación de asistir, vestidas con uniformidad, á la misa que debía celebrarse en San Isidro.

## VII.

En los últimos días del mes de Abril del citado año de 1814, las Córtes, eficazmente auxiliadas por todas las autoridades, preparaban con notable celeridad el solemne aniversario.

Por una parte, el cuerpo de artillería desplegaba una actividad admirable.

En justa recompensa del heroísmo de Daoiz y Velarde, había sido concedida á aquel cuerpo la gracia de encargarse del carro fúnebre y de las urnas en que debían ser conducidos los héroes.

Otorgósele además el favor de conservar una de las

tres llaves de las cajas donde se encerraban los restos.

El Ayuntamiento obtuvo el arreglo del cortejo fúnebre y demás preparativos indispensables al acto.

El día 29 de aquel mes, despues de grandes afanes, se hicieron las últimas escavaciones, que habian empezado el 23 en la plazuela de las Descalzas, en la mina de la derribada iglesia de San Martin, y al fin se descubrió la entrada de la mina de que ya hemos hecho referencia.

Los restos de Daoiz y Velarde, segun las declaraciones de los sepultureros que asistieron á la operacion, eran los mismos que aparecieron al pié del esqueleto de D. José Godoy, sostenido á la sazón contra la pared de la mina.

Entre dichos restos se halló un esqueleto, unido desde la parte superior del espinazo á las rodillas, y pendiente de la derecha la caña entera de la pierna. Todo aparecia envuelto en una casaca con botones pequeños redondos, y unas granadas bordadas en los faldones, ante cuyas señales no se dudó era uniforme de artillería. A su lado se encontró una calavera con algunos huesos, y entre ellos una cinta, color de rosa muy bajo, manchada de sangre.

Los sepultureros aseguraron que aquella cinta habia pertenecido á D. Luis Daoiz, y que los restos eran los del héroe.

El otro esqueleto apareció compuesto desde la nuca hasta los huesos de los muslos, envuelto en un paño ó hábito de San Francisco, ceñido por la cintura.

Por el lado izquierdo del pecho aparecia manchado de sangre.

Junto á este esqueleto habia otros varios huesos y una calavera.

En este esqueleto reconocieron los susodichos sepultureros el cadáver de D. Pedro Velarde.

Tanto el de este como el de Daoiz, declararon encontrarle en la misma situacion y forma en que los habian colocado al verificarse la demolicion del edificio.

Acto continuo fueron colocados estos preciosos restos en dos urnas llevadas al efecto, las cuales eran de hoja de lata.

Cogida cada una con dos cintas, fueron cerradas inmediatamente y selladas por el cardenal arzobispo de Toledo.

Desde aquel momento, quedaron allí mismo depositadas y custodiadas por una guardia de artillería.

A las doce de la mañana del dia 1.º de Mayo se hizo formal entrega de aquellos restos al director general del cuerpo, D. Martin García Loygorri.

Presenciaron este acto el doctor D. Francisco Ramirez y Arcayos, Lic. D. Manuel José de Gallego, Fr. Bernardo Ruiz de Conejares, D. Domingo Alvarez, abad del cabildo de curas, D. Manuel Maria de Guinea, D. Vicente de la Llave y D. Segundo de la Cuerda.

Despues, cubiertas las urnas con terciopelo negro y colocadas por los mismos oficiales del cuerpo en el carro fúnebre, fueron conducidas con escolta al Parque de Artillería.

Allí esperaba una compañía, que les hizo los honores fúnebres de capitán general.

A la una menos cuarto de aquella tarde se abrieron las urnas, y se expusieron á la concurrencia los restos mortales de Daoiz y Velarde.

Habia sido invitada al efecto toda la grandeza de Madrid, y presenció tambien el acto, entre otros muchos grandes, el célebre capitán general, D. Francisco Javier Castaños.

En seguida se colocaron los restos en otras urnas

talladas y adornadas, y cuyos campos estaban bordados de terciopelo negro bordado de oro, con tres cerraduras cada una.

Encima se colocó la espada, el baston y faja de capitán general, y mientras quedaron expuestas se estuvieron celebrando misas en los tres altares que con tal objeto se pusieron en el salón.

Permitióse al público la entrada hasta el toque de oraciones.

### VIII.

Es de noche.

La población de Madrid aparece animada de cierta agitación, que denota la proximidad de un importante suceso.

Las campanas de las iglesias dejan oír plañideros ecos, y el cañon se oye de tarde en tarde resonar con horrísono estampido.

Este bullicio, el triste doblar de las campanas y el eco del cañon, aseguran al heroico pueblo que al fin, recobrada su libertad, va á rendirse bien pronto un digno y glorioso tributo á los mártires de su independenciam.

### IX.

Nos hallamos en un lujoso, aunque triste dormitorio. A la luz de un quinqué vése un lecho, y sobre él reposa una mujer, en cuyo aspecto se perdería la mente, dedu-

ciendo si aquel es un sér terrenal, ó un ángel próximo á volar desde el mundo á la mansión eterna.

Su rostro es blanco, y está pálido, con esa palidez diáfana, que es el color de la tumba, el indicio de la muerte.

Aquella mujer está hermosa; pero su hermosura, que no es de este mundo, á la vez que arrastra y fascina, parece llevar el frio al espíritu, inspirando al corazon un amor de hielo, una de esas pasiones á las que llaman sueño, dan tan tétricos y sobrehumanos colores, pasiones que tienen, digámoslo así, algo de galvanismo, de augurador y patético.

Los negros cabellos de la moribunda hállanse esparcidos sobre la blanca almohada, y hacen que la diáfana blancura de su frente resalte con los esmaltes de la nieve.

Sus ojos, tambien negros y rasgados, los tiene abiertos y fijos, aunque velados ya por el sopor de la agonía.

Cerca del lecho se ven tres personas.

Una de ellas es una mujer jóven y hermosa.

Sus pupilas están preñadas de lágrimas, y se distingue bien claramente los esfuerzos que hace por reprimir los sollozos que ahogan su pecho.

Sobre sus rodillas sostiene un hermoso niño, que tendrá apenas dos años.

La tierna criatura, ajena á lo que pasa en derredor, juguetea indiferente, y rie de cuando en cuando.

Los ojos de la moribunda se fijan con dulzura infinita en el hermoso niño...

Próximo á la mujer que llora, permanece de pié un jóven, quien aparece fuertemente impresionado, en actitud de profunda pena.

Quizás nuestros lectores han adivinado ya el nombre de la enferma.

Era la condesa del Ramal.

Los otros dos personajes que la acompañaban en aquella hora solemne, eran Utrera y María, su esposa.

El niño que saltaba y jugueteaba en el regazo de esta, era su hijo.

Dos años antes, Carolina había sostenido al hijo de nuestros interesantes jóvenes sobre la pila bautismal.

Habíanle puesto por nombre Pedro.

Era un tributo rendido á la memoria de Velarde.

Desde aquel dia, la condesa del Ramal no volvió á salir de su casa, apurando con fúnebre complacencia los tristes encantos que para ella tenia su amargo dolor.

## X.

Habían trascurrido algunas horas desde que Utrera y María, con el hijo de su amor, acompañaban á la moribunda.

El médico de esta, al separarse del lecho del dolor aquella misma tarde, había pronunciado ya la terrible sentencia.

Carolina, como una luz gastada, se extinguía por momentos.

Y era la verdad.

A la hora en que la presentamos á nuestros lectores, el espíritu la abandonaba rápidamente.

Sin embargo, era lenta su agonía, y en medio de



ella, y presintiéndola, conservaba toda su lucidez, toda su razon.

Su voz era apagada, pero dulce.

Haciendo poderosos esfuerzos, dijo al ver que María sollozaba:

—María... no se aflija Vd... es verdad que el momento se acerca, que siento llegar la muerte con ligero paso... que hace tiempo que la esperaba... y es natural; yo no podia vivir... desde el dia que Vd. sabe... la vida me era penosa... Dios me hace hoy un señalado favor... Mañana...

Un golpe de tos seca y terrible vino á interrumpir á la moribunda.

Hubo un momento de silencio, durante el cual la emocion y el llanto sofocaban á María, mientras que tambien dos lágrimas rebeldes resbalaban por las mejillas de su jóven esposo.

Carolina cesó por fin de toser.

Pero habia quedado tan fatigada, que por espacio de un minuto se la vió inmóvil; distinguiéndose aun en ella un resto de vida por el ruido de su respiracion fatigosa, respiracion en que ya se mezclaba el estertor de la muerte...

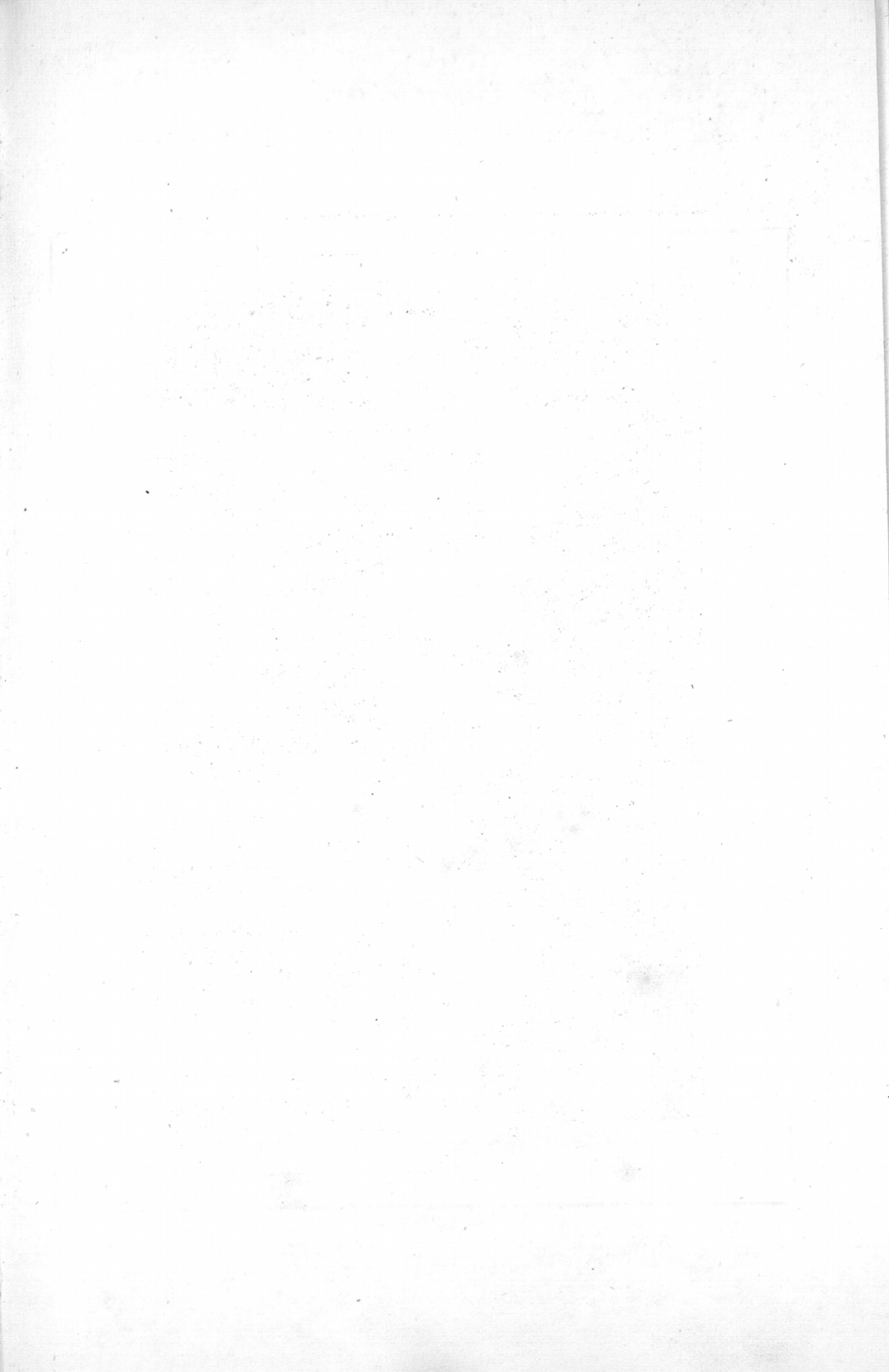
Los ojos de Utrera se clavaron con espanto en el cadavérico rostro de Carolina.

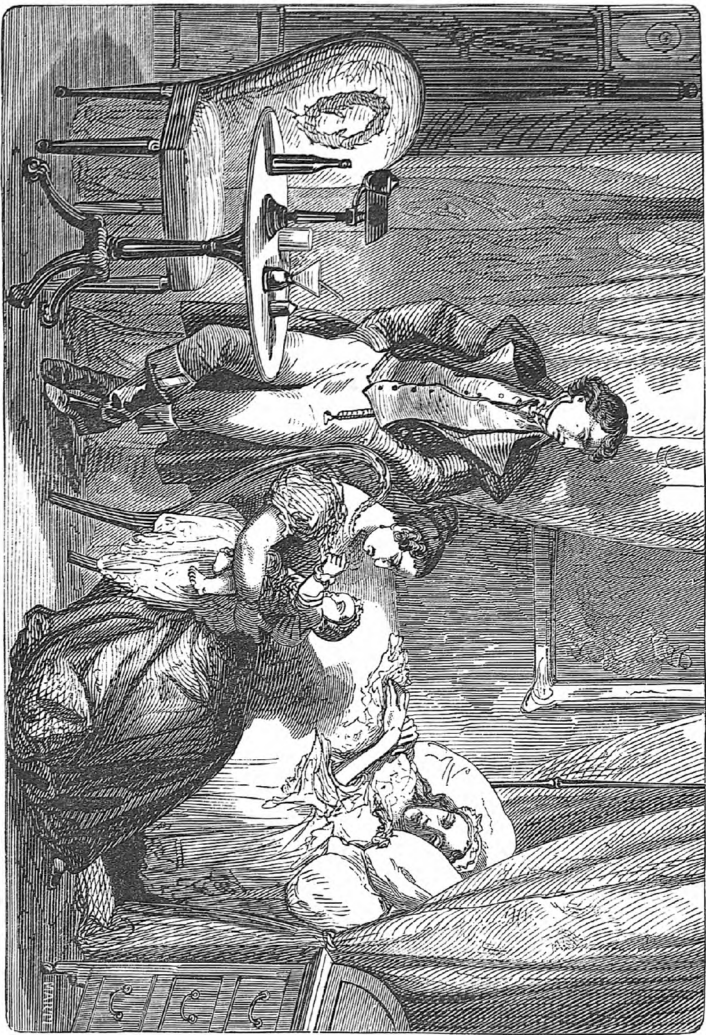
Su corazon latia con violencia...

Entonces se acercó rápido, anhelante, al lecho de la agonizante.

Pero los ojos de Carolina se abrieron, aunque velados...

Hizo un esfuerzo, y continuó con voz cada vez más apagada y penosa:





—El niño... quiero besar por última vez á mi ahijado...

—Esto marcha... decia, amigos míos; que mañana todo se habrá acabado... Dicho día... No le parece á Vd., Utrera, que debo creer un favor que Dios me otorga, permitiéndome que deje este mundo, precisamente la víspera del aniversario...

La jóven volvió á hacer una pausa.

Comprendiendo Utrera que aquellos esfuerzos aceleraban la muerte de la condesa, quiso aconsejarla que callase.

Pero ella continuó sonriéndose de un modo singular.

—¿Y para qué?... Tanto dá un minuto antes ó despues...

Luego, dirigiéndose á María:

—El niño... quiero besar por última vez á mi ahijado...

Dijo, y contempló á la criatura y á la madre con ojos de infinita ternura.

María se apresuró á complacer el deseo de la agonizante, y acercó la rubia cabeza del niño á los ya frios labios de Carolina, que imprimió en una mejilla del inocente un apagado beso.

Este último esfuerzo la aniquiló.

Despues de haber querido incorporarse sobre los almohadones, cayó desplomada.

Sus ojos, desmesuradamente abiertos, mostraron en la fijeza de sus pupilas una espantosa rigidez.

Una contraccion de sus lábios, entre los cuales espiró un nombre pronunciado débilmente, hizo que Utrera y María exhaláran dos gritos desgarradores.

A ellos acudieron los criados de Carolina, para socorrer á su ama.

Pero era ya tarde.

El alma enamorada de la condesa del Ramal habia volado á la mansion de Dios, para unirse allí por una eternidad con el espíritu de aquel á quien tanto habia amado en el mundo.

## XI.

Al siguiente dia un pueblo inmenso, lleno de luto y á la par de justo y noble orgullo, se agrupaba en la iglesia de San Isidro á rendir, entre las preces de los sacerdotes, el eco fúnebre de las campanas y el lejano estampido del cañon, un tributo de admiracion y de reconocimiento á las ilustres víctimas del *Dos de Mayo*.

Era el primer aniversario que se celebraba con la solemnidad y la ostentacion debida.

Creemos inútil decir aquí el religioso entusiasmo con que todos los años conmemora el pueblo aquel glorioso é inolvidable dia.

El precioso mausoleo donde reposan las ilustres víctimas de nuestra independendencia, es para los hijos de Madrid el venerable altar en cuyas aras sacrosantas se fortalece, contra los amagos de extrañas é imposibles dominaciones; y ¡ay del que intente apartarle de la senda inmortal que sus abuelos le trazaron con su ilustre sangre!

FIN.

## BIOGRAFIA

DE

## DON LUIS DAOIZ.

---

Don Luis Daoiz nació en la ciudad de Sevilla en 10 de Febrero de 1767.

Fueron sus padres D. Martín Daoiz y Quesada y doña Ana de Torres Ponce de Leon.

Fué bautizado en la parroquia de San Miguel de la expresada ciudad.

Su primera educacion fué correspondiente á la elevada posicion de sus mayores.

Segun algunas notas biográficas que tenemos á la vista, estudió las primeras letras en el colegio de San Hermenegildo de su ciudad natal.

Entró de caballero cadete en el real colegio militar de artillería el 13 de Febrero de 1782.

Todos los biógrafos están contestes en decir que apenas entrado en el colegio, se distinguió extraordinariamente en la esgrima.

En 9 de Enero de 1787, cinco años despues, salió á subteniente del arma, despues de haber hecho los estudios de reglamento.

Con este mismo empleo sirvió y se halló en la defensa de la plaza de Ceuta en 1790, y en la de Orán en 1791. Por haberse distinguido en esta última, fué premiado con el grado de teniente de infantería.

Debe tenerse presente que entonces se ascendia en el ejército con suma lentitud, y muy particularmente en los cuerpos especiales.

Dicho grado lo obtuvo en 5 de Octubre del expresado año, y para su concesion mediaron recomendaciones muy honorificas, hechas por los jefes del arma, y muy especialmente por la del brigadier Azuar, comandante de artillería de aquella plaza y ejército.

En 18 de Febrero de 1792 fué promovido á teniente de artillería por antigüedad.

Declarada la guerra á Francia, despues del cruel suplicio del infortunado Luis XVI, fué destinado al ejército de Cataluña.

En él estuvo mandando, ya baterías móviles, ya estables, desde el 23 de Mayo hasta el 25 de Noviembre de 1794.

Hecho prisionero de guerra aquel dia, fué conducido á Tolosa de Francia.

Despues de arreglada la paz en 1796, volvió D. Luis Daoiz á España, siendo destinado en 10 de Junio de 1797 á la escuadra que mandaba en el Océano, Mazarredo, y embarcado en ella, se encargó del mando de la tartana

cañonera número 5, la cual, según dice un biógrafo militar, tenía hornillo de bala roja.

Con dicha tartana se halló en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el ataque glorioso de las lanchas españolas contra el navío inglés, llamado *El Poderoso*.

En Octubre de 1798 se embarcó en el navío San Ildefonso, que mandaba D. José Uriarte y Borja, con destino al servicio de la artillería, y en dicho buque permaneció hasta Junio de 1802.

Durante este tiempo, que fué el de la guerra de los españoles y franceses aliados contra los ingleses, hizo Daoiz dos viajes redondos al Continente é islas de América, consiguiendo llegar á enterarse del servicio de la marina, en términos que alternaba con los oficiales del navío en los otros servicios de la clase que no se relacionaban precisamente con la artillería.

Es cosa probada su no comun talento, que en ello concuerdan todos cuantos hablan del bizarro militar, el cual poseía con facilidad suma los idiomas francés, inglés é italiano, y la lengua latina.

Por esta especial circunstancia fué designado muchas veces para parlamentario con buques extranjeros.

Mientras desempeñaba este servicio ascendió á capitán de artillería, también por antigüedad, en 1.º de Julio de 1802.

Por consecuencia de la nueva ordenanza fué declarado *capitán primero* del tercer regimiento de su arma.

Ya en 2 de Mayo de 1808 se hallaba encargado en Madrid del detall de la plaza, y de la tropa de artillería destacada en ella.

Y ahora tomamos textualmente lo que sobre D. Luis Daoiz dice en una obra publicada el año 32, el capitán de artillería don Ramon de Salas:



«En virtud de las órdenes comunicadas por el capitán general para que las tropas se mantuviesen quietas y encerradas en los cuarteles,—alude á los sucesos,—se encontró Daoiz aquella mañana con sus artilleros en el Parque de Artillería, situado en el barrio de las Maravillas, calle de San José, casa llamada de Monteleon.

»Allí observaba y cumplía con despecho unas órdenes tan manifiestamente favorables á los proyectos de Joaquín Murat, gran duque de Berg y de Cleves, y generalísimo de los ejércitos de Napoleon en la Península, hasta entonces aliados, observado por una parte por una guardia francesa de setenta y cinco hombres que habia en el Parque, y escitado por otra de una multitud de paisanos que, agolpados á la puerta del edificio, que estaba cerrada, pedian armas, cuando llegó su intrépido compañero, D. Pedro Velarde, y se hizo abrir.

»Dirigióse este á Daoiz, más antiguo que él, para incitarle á que prescindiese de las órdenes, y armase y ayudase al pueblo perseguido.

»Daoiz, como responsable de la disciplina, y amante de ella en toda su carrera, luchó todavía algunos instantes contra los impulsos de su patriotismo; pero picado vivamente por algunas espresiones de Velarde, que podian confundir su subordinacion con falta de valor, *viva Fernando VIII* exclamó; y haciendo menudos pedazos la orden escrita que tenia en las manos, mandó abrir las puertas del Parque, armó á los paisanos, y se preparó á resistir á las tropas francesas.

»Durante el combate con ellas, que se verificó atacando por las tres calles que conducian á la puerta del Parque, y que duró unas tres horas, murió Velarde de un balazo de fusil, con cuya fatalidad, el cansancio de los pocos

soldados que había, y la enorme superioridad de los franceses, no se podía dudar de un éxito desventajoso para los patriotas españoles.

»En este punto varían ya las relaciones.

»Segun unas, Daoiz hizo señal de capitulación, poniendo un pañuelo blanco en la punta de su espada.

»Segun otras, quien hizo la señal fué un general francés que marchaba á la cabeza de una de las columnas.

»Lo cierto es que se vió por algunos instantes á Daoiz hablar con el general, y de pronto ponerse en guardia uno y otro y batirse personalmente; pero en el acto de este noble y singular combate, se agolparon sobre Daoiz varios oficiales y granaderos franceses, y á pesar del desnudo conque les resistia, guardándose las espaldas con un cañon, cayó herido mortalmente de varias estocadas y bayonetazos.

»Los franceses, llevados de la ocupacion del Parque, que era su objeto, dejaron así á Daoiz en la calle, y entre varios sugetos le recogieron y le llevaron á su casa, calle de la Ternera, donde espiró á las cuatro horas, despues de apretar la mano al sacerdote que se presentó á viaticarle, única accion de que fué dueño.

»Contaba entonces de edad cuarenta y un años, dos meses y veintidos dias, y de servicio veintiseis años, dos meses y diez y nueve dias.

»Al anochecer del mismo fué conducido su cuerpo, amortajado con su mismo uniforme y metido dentro de una caja, á la parroquia de San Martin, donde se enterró; habiendo verificado estos últimos piadosos oficios el escribiente meritorio que era entonces del ramo de Cuenta y Razon de artillería, D. Manuel Almira. Su cadáver fué

exhumado en 1814, y trasladadas las cenizas á una urna que existe en la real iglesia de San Isidro de Madrid, donde fué depositado solemnemente el 2 de Mayo del referido año de 1814, á los seis justos de haberse sacrificado, ofreciendo los primeros ejemplos de resistencia á la usurpacion de Napoleon.»

Las cenizas de los justos exhumados en 1814, se conservaban en la urna que se describe en el artículo que se inserta en este número de la obra de los señores de la Universidad de Madrid, que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro.

El objeto de esta obra es dar á conocer los hechos que se refieren en el artículo que se inserta en este número de la obra de los señores de la Universidad de Madrid, y que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro.

La obra de los señores de la Universidad de Madrid, que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro, contiene un extracto de la obra que se refiere en el artículo que se inserta en este número de la obra de los señores de la Universidad de Madrid, y que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro.

La obra de los señores de la Universidad de Madrid, que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro, contiene un extracto de la obra que se refiere en el artículo que se inserta en este número de la obra de los señores de la Universidad de Madrid, y que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro.

La obra de los señores de la Universidad de Madrid, que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro, contiene un extracto de la obra que se refiere en el artículo que se inserta en este número de la obra de los señores de la Universidad de Madrid, y que se publica en la imprenta de la Universidad, y que se vende en la librería de D. Manuel Almirante, en la calle de San Isidro.

óperas contra Portugal, y en el desempeño comisiones propias del arma, siendo notable la confianza con que en ellas se distinguian, toda vez que en dichas comisiones tan solamente se reconocia por regla general, a oficiales de mayor graduacion.

Ascendió a teniente del cuerpo, por antigüedad, el 2 de Julio de 1802 combatió en el "Batallón de Voluntarios".

En 6 de Abril de 1803 combatió en el "Batallón de Voluntarios" y en 17 de Agosto de dicho año se le destinó como profesor a la academia de Segovia, cinco años después de haber abandonado el colegio por su cansancio de estudio.

## DE DON PEDRO VELARDE.

Nació nuestro héroe el dia 25 de Octubre de 1779, en el lugar de Muriedas, valle de Camargo, en la provincia de Santander.

Fueron sus padres los señores D. José Velarde Herrera y doña Luisa Santillan.

El dia 16 de Octubre de 1793 entró, como Daoiz, á servir en clase de cadete en el colegio de artillería de Segovia, en el cual, segun consta del espediente oficial que existe en la Direccion general del cuerpo, mereció por sus extraordinarias disposiciones ser nombrado *brigada de la compañía* en 27 de Enero de 1798.

De ella salió á subteniente del cuerpo en 11 de Enero de 1799.

En la guerra de 1801 fué destinado al ejército que

obraba contra Portugal, y en él desempeñó comisiones propias del arma, siendo notable la confianza con que en ellas le distinguian, toda vez que en dichas comisiones tan solamente se acomodaba, por regla general, á oficiales de mayor graduacion.

Ascendió á teniente del cuerpo, por antigüedad, el 2 de Julio de 1802 con destino al 4.º regimiento.

En 6 de Abril de 1804 fué promovido, tambien por antigüedad, á capitán 2.º para el 5.º regimiento; y en 1.º de Agosto de dicho año se le destinó como profesor á la academia de Segovia, cinco años despues de haber abandonado el colegio por su ascenso á subteniente.

Desde este destino pasó al de secretario de la Junta superior Económica de Artillería, afecta al Estado Mayor de este cuerpo, y establecida en Madrid en 1.º de Agosto de 1806.

Ocupaba esta plaza cuando su voluntario y heróico sacrificio.

Acerca de las singulares prendas de talento y de carácter que le adornaban, trasladamos íntegros los siguientes apuntes:

«Tenia Velarde un talento despejado y perspicaz, á que reunia constante aplicacion, por cuyo motivo gozaba de aventajado concepto entre sus jefes y compañeros.

»La carrera militar que seguia le hizo mirar como preferente el estudio de este ramo, y por consiguiente, antes de que fuesen notorias en España las tramas maquiavélicas con que los franceses preparaban su conquista, no veía en Napoleon mas que el Alejandro del siglo, y era entusiasta de sus talentos militares.

»Pero al mismo tiempo era generoso y honrado, y

no queria ver en los grandes capitanes mas que las victorias alcanzadas en fuerza de la superioridad de sus combinaciones.

»Así es que luego que vió á las claras la arteria y mala fé conque las tropas francesas ocuparon nuestras plazas fronterizas, y se acercaban á la capital en principios de 1808, cambió su opinion enteramente, y se propuso hacer cuanto le fuese posible para resistir á la fuerza que el dolo habia reunido en el centro del reino.

»Antes de los sucesos de Aranjuez, que produjeron la caida de D. Manuel Godoy, fué comisionado por este para ir al cuartel general del principe Murat, en union con otros oficiales; y como entonces ya sospechaba la traicion que despues habia de hacer este ejército á los principios que entonces aparentaba, se dedicó particularmente á sondear las ideas de los primeros jefes con quienes tuvo ocasion de tratar.

»Vuelto á Madrid, con sus sospechas cambiadas en certidumbre, ya no trató mas que de organizar, en lo que le permitia su destino, graduacion é influjo, la resistencia que preveia seria necesario oponer más pronto ó más tarde.

»Yo he registrado algunos borradores escritos de su puño, en que están indicadas varias ideas relativas á la disposicion que se debia ir dando á las tropas para tenerlas libres de una sorpresa por los franceses, á la reunion del material del ejército en puntos proporcionados á su custodia, al modo de inutilizar clandestinamente lo que no podia ménos de caer en poder del enemigo, y á otros objetos de defensa; brillando en tales apuntes, á la par de su profundo patriotismo, unas ideas nada comunes en su profesion.

»El destino de la Junta superior, cuyas funciones eran principalmente la direccion del material de artillería, proporcionaba á Velarde el reunir los datos convenientes á estos planes.

»A fuer de buen español, jamás creyó que las principales autoridades del reino dejasen de secundar los impulsos generosos que iba mostrando la nacion, y su trabajo y sus deseos se limitaban entonces á contribuir con sus luces y sus brazos á la guerra que creia inevitable.

»Con este objeto se introdujo con el ministro de la guerra Ofarril, y franco y sin reserva le indicó los trabajos de que se ocupaba, y las intenciones de que estaba animado.

»El ministro no combatió sus ideas; pero como tenia otras, tampoco se valió de su celo, y, ó no hizo caso, ó si lo hizo fué para estorbar indirectamente una resistencia, que creia funesta é inútil.

»Sin embargo de eso no desmayó Velarde, y en sus conversaciones con sus compañeros manifestó decididamente su resolucion de oponerse á los franceses, procurando inculcar en todos iguales sentimientos, aumentándose la exaltacion de los suyos desde que fué notoria la repugnancia de Napoleon á reconocer por rey á nuestro actual soberano Fernando VII, que era el principio de la farsa conque pretendia cohonestar el despojo violento de toda la familia de los Borbones, que habia meditado.

»Como Velarde reunia las apreciables cualidades de instruccion, juventud, ánimo esforzado y osadia para emprender, siendo por otra parte, como secretario de la Junta, el depositario de las noticias sobre la fuerza y disposi-

cion de nuestro material de guerra, juzgó Murat conveniente el atraerlo á su partido, y valiéndose para ello de un edecan del general de la artillería francesa, La-Riboisiere, le hizo concurrir á su alojamiento diferentes veces, convidándole muchas á su mesa.

»Velarde aceptó en dos ocasiones este convite, para no hacerse más sospechoso, eludiendo las propuestas que se le hicieron para pasar al servicio de Napoleon, y valiéndose mañosamente de este trato para conocer las intenciones de Murat, y la disposicion de las autoridades españolas, que por entonces desconocieron el verdadero espíritu del pueblo (1).

»El 2 de Mayo de 1808 se hallaba Velarde con estas disposiciones.

»Concurrió á la hora acostumbrada á la secretaría, que estaba en la calle Ancha de San Bernardo, cuando ya la conmocion del pueblo empezaba á notarse.

»Se sentó en su mesa, que estaba al lado de la del comandante de artillería de la plaza y vocal de la Junta, don José Navarro Falcon, notándosele desde luego la fogsosidad de su interior.

»Cogió la pluma y se puso á borrar sobre un papel, diciendo al mismo tiempo á Falcon: *Mi comandante, es pre-*

---

(1) En otra biografía que tenemos á la vista, se dan más pormenores acerca de este particular de su vida, y se habla detalladamente de lo que el bravo capitán había trabajado por prepararse contra los sucesos, que con sábia prevision había temido.

Por lo que respecta á los convites á que se dice asistió, se tienen motivos muy poderosos para creer que no los había aceptado; y que se valió de otros medios para adquirir los antecedentes que anhelaba respecto á las intenciones del francés.

Ya hemos visto en otro lugar de la obra las excusas con que se descartó de las proposiciones que se le habían hecho.